

taba desierto: teatro despues de representada la comedia. En Egra encontré al recaudador que me hizo caer de la luna, en donde yo estaba en el mes de junio con una dama de la campaña romana.

En Hollfeld no habia ya vengejos ni muchacha de la canasta: eso me entristeció. Tal es mi naturaleza: idealizo los personajes verdaderos y personifico los sueños, sacando fuera de su lugar la materia y la inteligencia. Una muchacha y un ave aumentan hoy la multitud de los seres de mi creacion, de que está poblada mi imaginacion, como esos átomos que revolotean en un rayo de sol. Perdónese me; hablo de mí, y lo echo de ver muy tarde.

Llego á Bamberg. Padua me hizo recordar á Tito Livio; en Bamberg el padre Horrión encontró la primera parte del tercero y del trigésimo libro del historiador romano. Mientras que estaba comiendo en la patria de Joaquin Camerario y de Clavio, el bibliotecario de la ciudad vino á saludarme con motivo de mi reputacion, en su concepto la primera del mundo, lo cual hacia regocijar hasta á la médula de mis huesos. Llegó despues un general bávaro. A la puerta de la posada me rodeó la muchedumbre cuando volví á mi carruaje. Una jóven se habia subido en un guardacanton, como la Sainte-Beuve, para ver pasar al duque de Guisa. La jóven se reia.—«¿Os burlais de mí? le dije.—«No, me respondió en francés, con acento alemán: ¿sino que estoy tan contenta!»

Desde el 1.º al 4 de octubre volví á ver los sitios que habia recorrido tres meses antes. El 4 llegué á la frontera de Francia. El día de San Francisco es para mí todos los años un día de exámen de conciencia. Vuelvo mis miradas hácia lo pasado; me pregunto lo que era y lo que hacia en cada uno de los aniversarios precedentes. Este año de 1833, sometido á mis destinos vagabundos, la fiesta de San Francisco me encuentra errante. A la orilla del camino veo una cruz que se eleva entre un grupo de árboles que dejan caer en silencio sobre el Hombre Dios crucificado algunas hojas muertas. Veinte y siete años hace pasé el día de San Francisco al pié del verdadero Gólgota.

Mi patrono visitó tambien el santo sepulcro. Francisco de Asis, fundador de las órdenes mendicantes, hizo dar, en virtud de esta institucion, un paso considerable al Evangelio, y que no se ha notado bien, cual fue el acabar de introducir al pueblo en la religion; al vestir al pobre con un hábito de monje, obligó al mundo á la caridad, realzó al mendigo á los ojos del rico, y en una milicia cristiana proletaria estableció el modelo de esa fraternidad de los hombres que habia predicado Jesús, fraternidad que será el complemento de esa parte política del cristianismo, no desenvuelta todavía, y sin la que nunca habrá libertad ni justicia completa en la tierra.

Mi patrono hacia extensiva esa ternura fraternal á los animales mismos, sobre los que parecia haber reconquistado, por su inocencia, el imperio que el hombre ejercia sobre ellos antes de su caída: hablábales como si le entendiesen, y les daba el nombre de hermanos. Al pasar cerca de Baveno se reunieron en torno suyo una porcion de pájaros, y despues de saludarlos, les dijo:—«Hermanos alados: amad y alabad á Dios, porque os ha revestido de plumas y os ha dado la facultad de volar en el cielo.» Las aves del lago de Rieti le seguian, y se regocijaba cuando encontraba rebañes de carneros, á los que tenia gran compasion:—«Hermanos, les decia: venid á mí.» A veces rescataba con sus hábitos alguna oveja que era conducida al carnicero, acordándose del dulcísimo cordero, *illius memor agni mitissimi*, inmolado por

sitio y á aquella hora tiene algo de extraño, y no se borrará de mi memoria, como tampoco la imagen de aquel á quien la Francia realista debe los mas utiles servicios.

«Aceptad, os ruego, etc.—F. G. JULIO DETERMES.»

la salvacion de los hombres. En una rama de higuera, inmediata á su puerta en la Porciúncula, habitaba una cigarra: llamábala él, y el animal iba á posarse sobre su mano: «Hermana cigarra, le decia: canta al Dios tu criador.» Lo mismo hizo con un ruiseñor, y fue vencido en los conciertos por el ave, á quien bendijo, y que echó á volar despues de su victoria. Veíase obligado á internar á lo lejos en los bosques á los animalillos salvajes que acudian á él y buscaban un asilo en su seno. Cuando queria orar por las mañanas, mandaba callar á las golondrinas, y estas le obedecian. Un jóven se dirigia á Sienna á vender unas tórtolas: el servidor de Dios le rogó que se las diese, á fin de que no matasen á aquellas palomas, que en la Escritura son el símbolo de la inocencia y del candor. El santo las llevó á su convento de Ravacciano, y plantó su palo á la puerta del monasterio: el palo se cambió en una gran encina verde: el santo dejó ir á ella á las tórtolas, y las mandó que construyesen allí su nido, lo cual hicieron por muchos años.

Francisco, próximo á morir, queria salir de este mundo desnudo, como habia entrado en él: pidió que su cuerpo, despojado, fuese enterrado en el sitio donde se ajusticaba á los criminales, á imitacion de Jesucristo, á quien habia tomado por modelo. Dictó un testamento enteramente espiritual, porque no tenia otra cosa que legar á sus hermanos que la pobreza y la paz: una santa mujer lo puso en el sepulcro.

He recibido de mi patrono la pobreza, el amor á los pequeños y humildes, la compasion hácia los animales; pero mi palo estéril no se cambiará en verde encina para protegerlos.

Hubiera debido tener á dicha pisar el suelo de Francia el día del santo de mi nombre; pero ¿tengo acaso patria? En esa patria, ¿he tenido nunca un momento de tranquilidad? El 6 de octubre por la mañana entré en mi enfermería. Todavía reinaba el vendabal del día de San Francisco. Mis árboles, refugios nacientes de las miserias recogidas por mi esposa, se doblaban bajo la cólera de mi patrono. Por la noche, al través de los olmos de mi *bulevar*, divisé los faroles agitados, cuya luz vacilaba, como la débil lámpara de mi vida.

Revisado en junio de 1837.

POLÍTICA GENERAL DE ACTUALIDAD.—LUIS FELIPE.

París, calle del Infierno, 1837.

Si pasando de la política de la legitimidad á la política general vuelvo á leer lo que he publicado sobre esta política en los años de 1831, 1832 y 1833, mis previsiones han sido bastante exactas.

Luis Felipe es un hombre de talento, cuya lengua se pone en movimiento por un torrente de lugares comunes: Agrada á la Europa, que nos echa en cara el no conocer su valor: la Inglaterra se complace en ver que nosotros hayamos, como ella, destronado á un rey: los demás soberanos abandonan á la legitimidad, á la que no encontraron obediente. Felipe ha dominado á los hombres que se han acercado á él; se ha burlado de sus ministros, tomándolos, despidiéndolos, volviéndolos á tomar y á despedir, despues de comprometerlos, si es que hoy hay algo que comprometa.

La superioridad de Felipe es verdadera; pero no es mas que relativa: colóquesele en una época en que la sociedad tenga alguna vida, y aparecerá en él todo cuanto tiene de mediano. Dos pasiones echan á perder sus cualidades: el exclusivo amor á sus hijos, y la invariable codicia de aumentar su fortuna: sobre estos dos puntos se ofuscará constantemente.

Felipe no siente el honor de la Francia como lo sen-

tian los primogénitos de los Borbones: no tiene necesidad de honor, y solo teme las sublevaciones populares como las temian los mas allegados de Luis XVI. Está á cubierto bajo el crimen de su padre: el odio del bien no pesa sobre él; es un cómplice, y no una víctima.

Habiendo comprendido Felipe el cansancio de los tiempos y la vileza de las almas, se ha encontrado á su placer. Leyes de intimidacion han venido á suprimir las libertades, como lo anuncié cuando mi discurso de despedida á la cámara de los Pares, y nadie ha chistado; se ha empleado la arbitrariedad; se ha degollado en la calle Trasnonain, metrallado en Lyon, intentado numerosos procesos de imprenta; se ha arrestado á ciudadanos; se les ha retenido meses y años en prision, como medida preventiva, y se ha aplaudido. El país, gastado, sin querer mezclarse en nada, lo ha sufrido todo. Apenas hay hombre que no se le pueda oponer á sí mismo. De años en años, de meses en meses, hemos escrito, dicho y hecho todo lo contrario de lo que habiamos, escrito, dicho y hecho. En fuerza de tener tanto de qué avergonzarnos, no nos avergonzamos ya: nuestras contradicciones se escapan á nuestra memoria, por lo multiplicadas que son. Para concluir, tomamos el partido de afirmar que jamás hemos variado, ó que no hemos variado mas que por la transformacion progresiva de nuestras ideas, y por nuestra comprension ilustrada de los tiempos.

Los acontecimientos tan rápidos nos han envejecido tan pronto, que cuando nos recuerdan los actos de una época pasada, nos parece que nos hablan de un hombre distinto de uno; y luego, haber variado, es haber hecho lo que todo el mundo.

Felipe no ha creído, como la rama restaurada, que para reinar estaba obligado á dominar en todas las aldeas: ha creído que le bastaba ser dueño de París: ahora bien; si pudiese hacer la capital ciudad de guerra con un relevo anual de sesenta mil pretorianos, se creeria en seguridad. La Europa le dejaria hacer, porque persuadiria á los soberanos que obraba con la idea de sofocar la revolucion en su antigua cuna, depositando como prenda en manos de los extranjeros las libertades, la independenciam y el honor de la Francia. Felipe es un sargento municipal: la Europa puede escupirle á la cara, él: se limpiará; dará las gracias, y enseñará su patente de rey. Además es el único príncipe que los franceses sean capaces ahora de soportar. La degradacion del gefe elegido constituye su fuerza: hallamos momentáneamente en su persona lo que basta á nuestros hábitos de corona y á nuestras inclinaciones democráticas: obedecemos á un poder, al que creemos tener derecho para insultar: esa es cuanta libertad necesitamos: nacion prosternada de rodillas, abofeteamos á nuestro amo, restableciendo el privilegio á sus piés, la igualdad sobre su mejilla. Burlon y astuto, Luis XI, de la edad filológica, el monarca de nuestra eleccion conduce diestramente su barca sobre un fango líquido. La rama primogénita de los Borbones se ha secado, á excepcion de un solo boton: la rama segunda está podrida. El gefe inaugurado en el Hôtel de Ville no ha pensado nunca mas que en sí propio, y sacrifica á los franceses á lo que ha creído ser su seguridad. Cuando se discute sobre lo que convendria á la grandeza de la patria, se olvida la naturaleza del soberano, el cual está persuadido de que pereceria por los medios que salvarian á la Francia: segun él, lo que haria vivir al trono mataria al rey. Por lo demás, nadie tiene derecho á despreciarle, porque todo el mundo se halla al nivel del mismo desprecio. Pero cualesquiera que sean las prosperidades que sueñe, en último resultado, ó él ó sus hijos no prosperarán, porque abandona á los pueblos, de quienes todo lo ha recibido. Por otra parte, los reyes legítimos, abandonando á

los reyes legítimos, caerán: no se reniega impunemente del principio propio. Si por un momento han sido apartadas las revoluciones de su curso, no por eso dejarán de venir á engruesar el torrente que socava el antiguo edificio: nadie ha desempeñado su papel: nadie se salvará.

Puesto que ningun poder es inviolable entre nosotros, y el clero hereditario ha caido cuatro veces en treinta y ocho años, y la diadema real, dada por la victoria, se ha desprendido dos veces de las sienes de Napoleon, y la soberanía de julio se ha visto asaltada incesantemente, preciso es deducir que no es imposible la república sino la monarquía.

La Francia está bajo la impresion de una idea hostil al trono: una diadema cuya autoridad se reconoce primero, que luego se la conculca, y que despues se vuelve ó tomar para hollarla de nuevo, no es mas que una turbacion inútil y un símbolo de desorden. Se impone un amo á hombres que parecen llamarlo por sus recuerdos, y que no lo soportan ya por sus costumbres; se les impone á generaciones que habiendo perdido la conveniencia y el decoro social, no saben mas que insultar á la persona real, ó reemplazar el respeto por el servilismo.

Felipe tiene en su persona medios de retrasar la marcha de su destino; pero no de contenerlo. El partido democrático es el único que está en vias de progreso, porque camina hácia el mundo futuro. Los que no quieren admitir las causas generales de destruccion para los principios monárquicos, aguardan en vano la emancipacion del yugo actual de un movimiento de las cámaras: estas no consentirán en la reforma, porque la reforma seria su muerte. Por su parte la oposicion, hecha industrial, no dirigirá nunca al rey de su fábrica el golpe á fondo, como lo asestó á Carlos X: se agita para obtener empleos, se queja y se muestra huraña; pero cuando se halla frente á frente de Felipe retrocede, porque, si quiere obtener el manejo de los negocios, no quiere derribar lo que ha creado y aquello por que vive. Dos temores le detienen: el temor de la restauracion de la legitimidad, y el temor del reinado popular, y se abraza á Felipe, á quien no ama, pero á quien considera como un preservativo. Repleta la oposicion de empleos y dinero, y abdicando su voluntad, obedece á lo que sabe que es funesto, y se duerme en el cieno: esa es la lana inventada por la industria del siglo: no es tan agradable como la otra, pero cuesta menos cara.

A pesar de todo esto, una soberanía de algunos meses, y si se quiere de algunos años, no cambiará el irrevocable porvenir. No hay casi nadie que no confiese ahora ser preferible la legitimidad á la usurpacion, para la seguridad, la libertad, la propiedad, como para las relaciones con el extranjero, porque el principio de nuestra soberanía actual es hostil al principio de las soberanías europeas. Si le agradaba á Felipe recibir la investidura del trono de la buena voluntad y de la ciencia cierta de la democracia, faltó á su punto de partida: hubiera debido montar á caballo y galopar hasta el Rhin, ó mas bien, hubiera debido resistir al impulso que le arrastraba sin condicion hácia una corona; de esa resistencia habrian salido instituciones mas duraderas y convenientes.

Se ha dicho que el duque de Orleans no hubiera podido rechazar la corona sin sumergirnos en disturbios espantosos; argumento de los cobardes, de los engañados y de los pícaros. Indudablemente habrian sobrevenido disturbios; pero habrian sido seguidos de una pronta vuelta al orden. ¿Pues qué ha hecho Luis Felipe por el país? ¿Se habria derramado mas sangre con la no aceptacion del cetro que la que se ha vertido con la aceptacion de ese mismo cetro en París, Lyon, Anvers y la Vandée, sin contar esos torrentes de sangre, derramados, con motivo de nuestra monarquía electiva, en Polonia, Italia, Portugal y Espa-

ña? ¿Nos ha dado Felipe la libertad en compensación de esas desgracias? Ha pasado su tiempo en pedir su legitimación entre los potentados, en degradar á la Francia, haciéndola ir á la cola de la Inglaterra, entregándola en rehenes; ha procurado hacer venir el siglo á él, hacerle viejo con su raza, no queriendo rejuvenecerse con el siglo.

¿Por qué no casaba á su hijo mayor con alguna hermosa plebeya de su patria? Eso habría sido casarse con la Francia: ese himeneo del pueblo y la monarquía habría hecho arrepentirse á los reyes, porque esos reyes, que ya han abusado de la sumisión de Felipe, no se contentarán con lo que ya han obtenido: el poder popular que se trasluce al través de nuestra monarquía municipal les asusta. El potentado de las barricadas, para ser enteramente grato á los potentados absolutos, debería sobre todo destruir la libertad de imprenta y abolir nuestras instituciones constitucionales. En el fondo de su alma las detesta tanto como ellos, pero tiene que guardar ciertos miramientos. Todas esas dilaciones desagradan á los demás soberanos, y no puede hacérselas llevar con paciencia sino sacrificándoles todo en lo exterior: para acostumbraarnos á ser interiormente feudatarios de Felipe, principiamos por hacernos vasallos de la Europa. He dicho cien veces, y lo repetiré todavía, que la antigua sociedad se muere. Para tomar el menor interés por lo que existe, no soy bastante cándido, ni bastante charlatan ni estoy bastante engañado por mis esperanzas. La Francia, la nación mas madura de las actuales, se irá probablemente la primera. Es probable que los primogénitos de los Borbones, á los cuales moriré adicto, no hallen hoy siquiera un abrigo duradero en la antigua monarquía. Nunca los sucesores de un monarca inmolado han llevado por largo tiempo su manto desgarrado: hay desconfianza por una y otra parte: el príncipe no se atreve á descansar sobre la nación, y la nación no cree que la familia restaurada pueda perdonarlo. Un cadalso levantado entre un pueblo y un rey les impide verse: hay tumbas que nunca se cierran. La cabeza de Capeto estaba tan elevada, que los mezquinos verdugos tuvieron que echarla abajo para arrancarle su corona, como los carabes cortaban la palmera para coger el fruto. El tallo de los Borbones se había propagado en los diversos troncos, que, encorvándose, echaban raíces y volvían á levantarse convertidos en soberbios mugrones: esa familia, despues de haber sido el orgullo de las demás estirpes reales, parece haber llegado á ser su fatalidad.

¿Pero sería mas razonable creer que los descendientes de Felipe tendrán mas probabilidades de reinar que el joven heredero de Enrique IV? Por mas que se combinen diversamente las ideas políticas, las verdades morales permanecen inmutables. Hay reacciones inevitables de enseñanza, magistrales, vengadoras. El monarca que nos inició en la libertad, Luis XVI, se vió precisado á expiar en su persona el despotismo de Luis XIV y la corrupción de Luis XV; ¿y se quiere que Luis Felipe, él ó su línea, no pague la deuda de la depravación de la regencia? Esa deuda, ¿no ha sido contraída nuevamente por *Egalité* en el cadalso de Luis XVI, y no ha aumentado el contrato paternal, cuando, tutor infiel, destronó á su pupilo? *Egalité*, al perder la vida, no ha rescatado nada: las lágrimas del último suspiro no rescatan á nadie, no mojan mas que el pecho, y no caen sobre la conciencia. Si la rama de Orleans pudiera reinar por derecho de los vicios y de los crímenes de sus antepasados, ¿dónde estaría la Providencia? Jamás tentación mas espantosa habría desquiciado al hombre de bien. Lo que forma nuestra ilusión es que medimos los designios eternos por la escala de nuestra corta vida. Nosotros pasamos con demasiada prontitud para que el castigo de Dios pueda siempre interponerse

en el corto momento de nuestra existencia: el castigo sobreviene cuando llega la hora: no encuentra ya el primer culpable; pero encuentra su raza, que deja el espacio para obrar.

Elevándose el órden universal, el reinado de Luis Felipe, cualquiera que sea su duración, no será mas que una anomalía, que una infracción momentánea de las leyes permanentes de la justicia; esas leyes aparecen violadas en un sentido limitado y relativo; pero se hallan seguidas en un sentido ilimitado y general. De una enormidad, consentida en apariencia por el cielo, hay que sacar una consecuencia mas elevada: hay que deducir de ella la prueba cristiana de la abolición misma del trono. Esa abolición, no un castigo individual, sería la verdadera expiación de la muerte de Luis XVI: nadie sería admitido, despues de aquel justo, á ceñir la diadema: testigos Napoleon, el Grande, y Carlos X, el Piadoso. Para acabar de hacer odiosa la corona, pudiera haberse permitido al hijo del regicida reposar por un momento como falso rey en el lecho ensangrentado del mártir.

Por lo demás, estos raciocinios, por exactos que sean; no quebrantarán mi fidelidad á mi joven rey: aun cuando no le quedara en Francia mas que á mí, tendré siempre á orgullo haber sido el último súbdito del que debía ser el último rey.

THIERS.

La revolución de julio ha hallado su rey; pero ¿ha hallado su representante? He pintado en diferentes épocas los hombres que desde 1789 hasta aquel día han aparecido en la escena. Esos hombres participaban mas ó menos de la antigua raza humana: habia una escala de proporción para medirlos. Hemos llegado á generaciones que no pertenecen ya á lo pasado: estudiadas al microscopio, no parecen capaces de vida, y sin embargo, se combinan con elementos en los cuales se mueven y respiran un aire que no podría respirarse. El porvenir inventa quizá fórmulas para calcular las leyes de existencia de los seres; pero al presente no hay medio alguno de apreciarlas.

Sin poder, pues, explicar la especie cambiada, se notan aquí y acullá algunos individuos en quienes puede fijarse la atención, porque defectos particulares ó cualidades distintas les hacen salir de la esfera comuu. Mr. Thiers, por ejemplo, es el único hombre que la revolución de julio haya producido. Ha fundado la escuela administrativa del terror, á la cual pertenece. Si los hombres del terror, esos renegadores y renegados de Dios, fuesen tan grandes hombres, la autoridad de su juicio debería hacer fuerza; pero esos hombres, despedazándose, declaran que el partido que acuchillan es un partido de tunantes. Véase lo que Mad. Roland dice de Condorcet; lo que Barbaroux, principal actor del 10 de agosto, piensa de Marat; lo que Camilo Desmoulins escribe contra Saint-Just. ¿Habrá que apreciar á Danton por la opinión de Robespierre, ó á Robespierre por la opinión de Danton? Cuando los convencionalistas tienen tan pobre idea unos de otros, ¿cómo podríamos atrevernos, sin faltar el respeto que se les debe, á formar una opinión diferente de la suya?

El jacobinismo, en su espíritu material, no echa de ver que el terror se frustró por no ser capaz de llenar las condiciones de su duración. No pudo llegar á su objeto, porque no pudo hacer caer bastantes cabezas; habria necesitado cuatrocientas mil ó quinientas mil mas, y falta el tiempo para la ejecución de esas largas matanzas: no quedan mas que crímenes sin concluir, cuyo fruto no puede recogerse porque el último sol de la tempestad no acaba de madurarlos.

El secreto de las contradicciones de los hombres del día está en la privación del sentido moral, en la

ausencia de un principio fijo, y en el culto de la fuerza: todo el que sucumbe es culpable, y no tiene mérito, al menos ese mérito que se asimila á los sucesos. Detrás de las frases liberales de los partidarios del terror, no debe verse sino lo que se oculta en ellas: El triunfo divinizado. No adoreis á la Convención sino como se adora á un tirano. Derribada la Convención, pasad con vuestro equipaje de libertad al directorio, luego á Bonaparte: y eso sin sospechar vuestra metamorfosis, sin que penseis haber cambiado. Dramatista jurado, al paso que mirais á los girondinos como á unos pobres diablos porque fueron vencidos, no por eso dejareis de sacar de su muerte un cuadro fantástico: eran unos gallardos mozos, que caminaban coronados de flores al sacrificio. Los girondinos, facción cobarde, que hablaron en favor de Luis XVI y votaron su ejecución, hicieron, á la verdad, maravillas en el cadalso; pero entonces, ¿quién no arrostraba con valor la muerte? Las mujeres se distinguieron por su heroísmo: las jóvenes de Verdun subieron al altar como Ifigenia; los artesanos, sobre quienes se guarda un prudente silencio, esos plebeyos, entre los que la Convención hizo tan abundante cosecha, arrojaban el hacha del verdugo tan resueltamente como nuestros granaderos el hierro del enemigo. Por cada sacerdote y cada noble inmoló la Convención millares de obreros en las últimas clases del pueblo: esto es lo que nunca se quiere recordar.

¿Hace estado Mr. Thiers de sus principios? Nada menos: ha preconizado el asesinato y predicaría la humanidad de una manera igualmente edificante: mostrábase fanático por las libertades, y oprimió en Lyon, fusiló en la calle de Trasonain y sostuvo con todos y contra todas, las leyes de setiembre: si alguna vez llega á leer esto, lo tomará por un elogio.

Presidente Mr. Thiers del consejo y ministro de Negocios Extranjeros, se extasia en las intrigas diplomáticas de la escuela de Talleyrand y se expone despues á ser tenido por un monote por falta de aplomo, de gravedad y de silencio. Puede uno burlarse de lo serio y de las grandezas del alma, pero no debe decirlo antes de haber llevado al mundo subyugado á sentarse en las orgías de Grande-Vaux.

Por lo demás, Mr. Thiers reúne á costumbres inferiores un instinto elevado, mientras que los supervivientes feudales, hechos cangrejos, se han convertido en administradores de sus tierras; Mr. Thiers, gran señor del renacimiento, viaja como otro Atico, compra en los caminos objetos de arte; y rescuita las prodigalidades de la antigua aristocracia, esa es una distinción; pero si siembra con tanta facilidad como recoge, debería precaverse mas contra el comparazgo de sus antiguos hábitos: la consideración es uno de los ingredientes de la persona pública.

Agitado Mr. Thiers por su naturaleza de azogue, pretendió ir á matar en Madrid la anarquía que yo habia derribado en 1823, proyecto tanto mas osado, cuanto que Mr. Thiers luchaba con las opiniones de Luis Felipe. Puede él suponerse un Bonaparte; puede creer que su cortaplumas no es mas que una prolongación de la espada napoleónica; puede persuadirse de que es un gran general; puede soñar la conquista de Europa por la razon de haberse constituido en historiador de ella y haber hecho muy inconsideradamente volver las cenizas de Napoleon. Me allano á todas esas pretensiones; solo diré, en cuanto á España, que en el momento en que Mr. Thiers pensaba invadirla, le engañaban sus cálculos; que habria perdido á su rey en 1836, y yo salvé al mio en 1823. De consiguiente, lo esencial es hacer oportunamente lo que se quiere hacer; existen dos fuerzas: la fuerza de los hombres y la fuerza de las cosas: cuando una está en oposición con la otra, nada se hace. En los momentos actuales Mirabeau no conmoviera á nadie, aun cuando su corrupción no le perjudicaria; porque en la actual-

lidad nadie es mal mirado por sus vicios, y solo es difamado uno por sus virtudes.

Mr. Thiers tiene á su elección uno de estos tres partidos: declararse representante del porvenir republicano, posarse sobre la monarquía contrahecha, como un mono sobre el lomo de un camello, ó reanimar el órden imperial. Este último partido sería del gusto de Mr. Thiers; pero, ¿es posible el imperio sin el emperador? Mas natural es creer que el autor de la *Historia de la Revolución* se dejará absorber por una ambición vulgar, querrá permanecer en el poder ó volver á él, y á fin de conservar ó recobrar su puesto, cantará todas las palinodias que la ocasión ó su interés parezcan exigirle: hay audacia en despojarse uno ante el público; ¿pero es Mr. Thiers bastante joven para que su belleza le sirva de velo?

Dejando á un lado á Deutz y á Judas, reconozco en Mr. Thiers un talento flexible, pronto, fino, maleable, heredero tal vez del porvenir, que todo lo comprende, á excepcion de la grandeza, que proviene del órden moral: sin envidia, sin pequeñez y sin presunciones, se destaca sobre el fondo sombrío y oscuro de las medianías de su tiempo. Su excesivo orgullo no es todavía odioso, porque no consiste en despreciar á otro. Mr. Thiers tiene recursos, variedad, dones felices; se cuida poco de las diferencias de opinión, no conserva rencor, no teme comprometerse; hace justicia á un hombre, no por su probidad ó por lo que piensa, sino por lo que vale, lo cual no le impediría hacernos aborrecer á todos, llegada la ocasión. Mr. Thiers no es lo que puede ser: los años le modificarán, á menos que no se ponga á ello la hinchazón del amor propio. Si su cerebro se mantiene firme y no le acomete un arrebatado de cabeza, los negocios revelarán en él cualidades superiores, aun no conocidas. Debe crecer ó menguar prontamente: hay grandes probabilidades de que Mr. Thiers sea un gran ministro ó se quede en borrador.

A Mr. Thiers le ha faltado ya resolución cuando tenia en sus manos la suerte del mundo: si hubiese dado órden de atacar la escuadra inglesa, siendo, como éramos entonces, superiores en fuerza en el Mediterráneo, quedaba asegurado nuestro triunfo: las escuadras turca y egipcia reunidas en el puerto de Alejandría habrían venido á aumentar la nuestra: un triunfo obtenido sobre la Inglaterra habria electrizado á la Francia. Habrían hallado al momento ciento cincuenta mil hombres para entrar en Baviera y arrojarse sobre algun punto de Italia, en donde nada estaba preparado para un ataque. El mundo entero podia haber cambiado de faz una vez todavía. ¿Habria sido justa nuestra agresión? Ese es otro asunto; pero habríamos podido preguntar á la Europa si se habia conducido lealmente con nosotros en los tratados, en que, abusando de la victoria, se engrandecieron desmesuradamente la Rusia y la Alemania mientras que la Francia quedaba reducida á sus antiguas fronteras mezquinas. Como quiera que sea, Mr. Thiers no se atrevió á jugar su última carta: contemplando su vida, no se encontró bastante apoyado, y sin embargo, por lo mismo que nada podía en el juego, hubiera podido jugarlo todo. Hemos caído á los piés de Europa, y quizá no se presente en mucho tiempo una ocasión igual de volver á levantarnos.

En último resultado, Mr. Thiers, por salvar su sistema, ha reducido á la Francia á un espacio de quince leguas que ha hecho herizar de fortalezas: veremos si la Europa tiene razon en reirse de esa niña del gran pensador, y véase aquí como, arrastrado por la pluma, he consagrado mas páginas á un hombre incierto de porvenir de las que he concedido á personajes cuya memoria se halla asegurada. Es una desgracia vivir demasiado: he llegado á una época de

esterilidad, en que la Francia no ve correr ya sino generaciones iliacas: *Lupa carca nella sua magrezza*. Estas memorias pierden su interes con los dias que han sobrevenido, pierden lo que podian tomar de la grandeza de los sucesos, y temo que terminen como las hijas de Acheloo. El imperio romano, magnificamente anunciado por Tito Livio, se estrecha y extingue oscuro en el relato de Cassiodoro: ¡Mas felices érais vosotros, Thucides y Plutarco, Salustio y Tácito, cuando referiais los partidos que dividian á Atenas y á Roma! ¡Al menos estábais seguros de animarlos, no solo por vuestro genio, sino tambien por el brillo de la lengua griega y la gravedad de la latina! ¿Qué podríamos contar de nuestra sociedad agonizante, nosotros, Welches, en nuestra gerga confinada á límites estrechos y bárbaros? Si estas últimas páginas repitiesen nuestras machaquerías de tribuna; esas eternas definiciones de nuestros derechos, nuestros pugilatos de carteras, ¿serian dentro de cincuenta años otra cosa que las ininteligibles columnas de una gaceta antigua? Entre mil congeturas, ¿se hallaria una sola verdadera? ¿Quién preveria los extraños saltos y aberraciones de la movilidad del espíritu frances? ¿Quién podria comprender cómo sus execraciones y sus infatuaciones, sus maldiciones y sus bendiciones, se sucedian sin causa aparente? ¿Quién podria adivinar y explicar cómo adora y detesta sucesivamente, cómo deriva de un sistema político, cómo con la libertad en los labios y la esclavitud en el corazon, cree por la mañana en una verdad, y por la tarde queda persuadido de otra verdad contraria? Arrojadnos algunos granos de arena, y, como otras abejas de Virgilio, dejaremos nuestra contienda para volar á otra parte.

MR. DE LAFAYETTE.

Si por casualidad se agita todavía algo de grande aquí bajo, nuestra patria permanecerá acostada. El seno de una sociedad que se descompone es infecundo: hasta los crímenes que engendra son crímenes abortados, porque se hallan atacados de la esterilidad de su principio. La época en que entramos, es el carril por donde generaciones, fatalmente condenadas, arrastran al antiguo mundo hácia un mundo desconocido.

Mr. de Lafayette acaba de morir en este año de 1834. Hubiera sido injusto en otro tiempo al hablar de él, y lo hubiera representado como una especie de necio de dos caras y de dos reputaciones; héroe del otro lado del Atlántico, Gilles en el lado de acá. Se han necesitado mas de cuarenta años para reconocer en Mr. de Lafayette cualidades que todos se obstinaban en negarle. En la tribuna se expresaba con facilidad, y en el tono de un hombre de buena sociedad. Ninguna sobra ha oscurecido su vida: era afable, agasajador y generoso. En tiempo del imperio fue noble, y vivió aislado; durante la restauracion no conservó tanta dignidad, rebajándose hasta dejarse nombrar venerable del carbonarismo, y jefe de pequeñas conspiraciones: no tuvo poca suerte en sustraerse en Beafort á la justicia como un aventurero vulgar. A los principios de la revolucion no se mezcló con los degolladores; peleó á mano armada, y quiso salvar á Luis XVI; pero al paso que aborrecia las matanzas y se veia obligado á huirlas, halló elogios para escenas en que se llevaban cabezas en la punta de las picas.

Mr. de Lafayette se ha elevado, porque ha vivido; hay cierto renombre que salta espontáneamente del talento, y cuyo brillo aumenta la muerte, cortando el talento en la juventud; y hay otra fama, producto de la edad, hija tardía del tiempo, y que no siendo grande por sí misma, lo es por las revoluciones en que la ha colocado el acaso. El que tiene esa fama, por

tenerla, anda mezclado en todo: su nombre llega á ser la bandera ó la divisa de todo: Mr. de Lafayette será eternamente la *guardia nacional*. Por un efecto extraordinario, el resultado de sus acciones estaba con frecuencia en contradiccion con sus ideas: realista, derribó en 1789 un trono de ocho siglos: republicano, creó en 1830 el trono de las barricadas: se ha marchado dando á Felipe la corona que quitó á Luis XVI. Amasada con los elementos, cuando los aluviones de nuestra desgracia se hayan consolidado, se hallará incrustada su imágen en la pasta revolucionaria.

Su ovacion en los Estados-Unidos le realzó singularmente. Al levantarse un pueblo para saludarle, le cubrió con el brillo de su reconocimiento. Everett termina con este apóstrofe el discurso que pronunció en 1824:

«¡Bien venido seas á nuestras playas, amigo de nuestros padres! Goza de un triunfo de que no ha participado ningun monarca ni conquistador de la tierra. ¡Ay! Washington, el amigo de vuestra juventud, el que fue mas que amigo de su país, yace tranquilo en el seno de la tierra que ha hecho libre. Descansa en la paz y en la gloria sobre las orillas del Potomac. Volvereis á ver las sombras hospitalarias del Mont-Vernon; pero al que venerásteis no le volvereis á hallar en el umbral de su puerta. En su lugar y en su nombre os saludan los hijos reconocidos de la América. ¡Seais mil veces bien venido á nuestras playas! A cualquier parte del continente adonde dirijais vuestros pasos os bendecirá todo el que pueda oír el sonido de vuestra voz.

En el Nuevo Mundo contribuyó Mr. de Lafayette á la formacion de una sociedad nueva: en el mundo antiguo á la destruccion de una sociedad antigua: la libertad le invoca en Washington; la anarquía en París.

Mr. de Lafayette no tenia mas que una sola idea, y afortunadamente para él era la del siglo: la fijeza de esa idea ha hecho su imperio: sirvióle de anteojera que le impedia mirar á derecha é izquierda: marchaba con paso seguro en una sola línea: avanzaba sin caer entre los precipicios, no porque los viese, sino porque no los veía; la ceguedad hacia en él las veces del genio: todo lo que es fijo es fatal, y lo que es fatales poderoso.

Veo tambien á Mr. de Lafayette al frente de la guardia nacional pasar en 1790 por los *bulevares* en direccion al arrabal de San Antonio; el 22 de mayo de 1834 le vi tendido en su ataud seguir los mismos *bulevares*. Entre la comitiva se notaba un grupo de americanos, cada uno de los cuales llevaba al pecho una flor amarilla. Mr. de Lafayette habia hecho traer de los Estados-Unidos una cantidad de tierra suficiente para que le cubriese en su tumba; pero su designio no ha quedado cumplido.

«Y pedireis para la santa reliquia algunas urnas de tierra al suelo de la América, y traereis esa sublime almohada á fin de que despues de la muerte sus despojos queridos puedan al menos tener en su patria seis piés de tierra libre en que dormir.»

En el momento fatal, olvidando á la vez sus sueños políticos y las novelas de la vida, quiso reposar en Picpus, al lado de su virtuosa mujer: la muerte hace volver todo al órden.

En Picpus, yacen enterradas víctimas de esa revolucion principiada por Mr. de Lafayette: allí se eleva una capilla donde se ora continuamente en memoria de aquellas víctimas. En Picpus acompañé al duque Mateo de Montmorency, colega de Mr. de Lafayette en la Asamblea Constituyente: en el fondo de la fosa, la cuerda volvió el ataud de aquel cristiano sobre un

lado, como si hubiese querido tomar esa postura para orar de nuevo.

Me hallaba yo entre la multitud á la entrada de la calle Grange-Bateliere cuando desfiló el convoy de Mr. de Lafayette: en lo alto de la cuesta del *bulevar* se detuvo el féretro: le vi brillar dorado por un rayo fugitivo del sol por encima de los cascos y de las armas: luego sobrevino la sombra y desapareció. La multitud se dispersó: las vendedoras de barquillos pregonaban su mercancía, y los vendedores de juguetes agitaban sus molinetes de papel que giraban al mismo viento, cuyo soplo habia agitado las plumas del carro fúnebre.

En la sesion de la cámara de Diputados del 20 de mayo de 1834 dijo el presidente:—«El nombre del general Lafayette será célebre en vuestra historia... Al expresar los sentimientos de pésame de la cámara, querido colega nuestro (Jorge Lafayette), uno á ellos la seguridad particular de mi cariño.» Al lado de estas palabras, el redactor de la sesion coloca entre paréntesis la de *hilaridad*.

Véase á lo que queda reducida una de las vidas mas graves. ¿Qué queda de la muerte de los hombres mas grandes? Un manto gris y una cruz de paja, como sobre el cuerpo del duque de Guisa, asesinado en Blois.

A poca distancia del que vendia á gritos por un sueldo en las verjas del palacio de las Tullerías la noticia de la muerte de Napoleon, oí á dos charlatanes hacer resonar los clarines con que vendian un antídoto; y en *El Monitor* del 21 de enero de 1793 he leído estas palabras, despues de darse cuenta de la ejecucion de Luis XVI:

«Dos horas despues de la ejecucion nada anunciaba que el que hace poco era gefe de la nacion acabada de sufrir el suplicio de los criminales.» A continuacion de estas palabras se leia este anuncio: «*Ambrosio*, ópera cómica.»

Ultimo actor del drama representado hacia cincuenta años, Mr. de Lafayette habia permanecido en la escena; el coro final de la tragedia griega pronuncia la moral de la pieza: «Aprended, ciegos mortales, á volver los ojos hácia el último dia de la vida.» Y yo, espectador sentado en un salon vacío, desiertos los palcos, apagadas las luces, quedo solo de mi época ante el telon corrido con el silencio y la noche.

ARMAND CARREL.

Armand Carrel amenazaba el porvenir de Felipe como el general Lafayette perseguia su pasado. Ya he dicho cómo conocí á Mr. Carrel; desde 1832 no he cesado de estar en relaciones con él, hasta el dia en que le seguí al cementerio de Saint-Mandé.

Armand Carrel estaba triste; principiaba á temer que los franceses no fuesen capaces de un sentimiento razonable de libertad; tenia como cierto presentimiento de la brevedad de su vida, la cual estaba pronto siempre á arriesgar á un lance de dados, como una cosa sobre que no contaba y á la que no daba valor ninguno. Si hubiese sucumbido en su duelo con el jóven Laborie, á propósito de Enrique V, su muerte habria tenido al menos una gran causa y un gran teatro; probablemente sus funerales habrian sido honrados con juegos sangrientos: al fin nos abandonó por una miserable querrela que no valia un solo cabello de su cabeza.

Hallábase en uno de sus accesos naturales de melancolía, cuando insertó con respecto á mí en *El Nacional* un artículo, al que respondí con este billete:

«París 5 de mayo de 1834.

«Caballero: Vuestro artículo está lleno de ese exquisito sentimiento de las situaciones y de la conveniencia, que os coloca sobre todos los escritores políticos del dia. No os hablo de vuestro raro talento: ya sabéis que antes de tener el honor de conoceros le he hecho entera justicia. No os doy gracias por vuestros elogios: quiero deberlos á lo que miro ahora como una antigua amistad. Os elevais muy alto, caballero; principiais á aislaros como todos los hombres nacidos para una gran fama: poco á poco la multitud que no puede seguirlos los abandona, y se ven tanto mejor, por lo mismo que están aparte.

«CHATEAUBRIAND.»

Traté de consolarle con otra carta el 31 de agosto de 1834, cuando fue condenado por delito de imprenta. Recibí de él esta respuesta, que manifiesta las opiniones, los pesares y las esperanzas del hombre:

Al señor conde de Chateaubriand.

«Caballero: No he recibido vuestra carta del 31 de agosto hasta que llegué á París. Iria desde luego á daros las gracias, si no me viese precisado á consagrar á algunos preparativos para entrar en prision el poco tiempo que me podrá dejar la policía informada de mi regreso. Si, caballero; me hallo condenado á seis meses de prision por la magistratura por un delito imaginario, y en virtud de una legislación igualmente imaginaria, porque el jurado me habia absuelto de la acusacion mas fundada, y despues de una defensa que, lejos de atenuar mi crimen de verdad dicha á la persona del rey Luis Felipe, habia agravado ese crimen erigiéndole en derecho adquirido para toda la prensa de la oposicion. Tengo un placer en que las dificultades de una tesis tan atrevida en los tiempos que corren os hayan parecido casi vencidas por la defensa que habeis leído, y en la que me ha sido de tanta utilidad poder invocar la autoridad del libro en que instruíais hace diez y ocho años á vuestro propio partido de los principios de la responsabilidad constitucional.

«Muchas veces me pregunto con tristeza de qué habrian servido escritos tales como los vuestros y los de los hombres mas eminentes de la opinion á que pertenezco yo mismo, si de esa armonía de las mas elevadas inteligencias del país en la constante defensa de los derechos de discusion no hubiese resultado por fin para la masa de los ánimos en Francia un partido resuelto á querer bajo cualquier régimen, á exigir de todos los sistemas victoriosos, sean los que fueren, la libertad de pensar y de escribir, como condicion primera de toda autoridad legitimamente ejercida. ¿No es cierto, caballero, que cuando pediais en tiempo del último gobierno la mas amplia libertad de discusion, no la pediais para el servicio momentáneo que vuestros amigos políticos podian sacar en la oposicion contra adversarios que se habian hecho dueños del poder por medio de la intriga? Algunos se servian así de la prensa, que lo han demostrado bien despues; pero vos, caballero, pediais la libertad de discusion, por el bien comun; el arma y la proteccion general de todas las ideas antiguas ó modernas: eso es caballero, lo que os ha valido el reconocimiento y el respeto de las opiniones á que la revolucion de julio ha abierto nueva liza. Por eso nuestra obra se liga á la vuestra, y cuando citamos vuestros escritos lo hacemos, no tan-